



HISTORIA DE LA CIVILIZACION DE ARAUCANIA

(Continuacion)

Figuraba igualmente en la nigromancia antigua de Arauco el *dungwe* o *llikua*, adivino, que los españoles creían en comunicacion con el demonio.

Para averiguar la verdad de cualquier hecho dudoso, como algun robo, la fuga de una mujer o la pérdida de un animal, los indios se rejian por la opinion de estos consultores obligados, a quienes pagaban, se subentendiendo, la consulta.

De sus procedimientos de adivinacion da un autor este detalle: "deja su casa sola i despues de afuera con varios conjuros, hablando con su misma casa le hace las preguntas, i desde dentro de ella, con voz alta aunque meliflua, responden de dentro diciendo fijamente donde está lo que le preguntan" (1).

En ocasiones se le consultaba para saber quién habia causado la muerte de una persona. Designado el supuesto autor, condenábasele a la pena del fuego.

Un cronista dice a este propósito: "la ejecucion del bárbaro suplicio es de esta suerte: clavan tres palos en el sueio como en

(1) JERÓNIMO PIETAS, *Noticias sobre las costumbres de los araucanos*, 1729, GAY, tomo I de documentos, pág. 487.

puntas de triángulo; al uno de ellos, que es mas grueso, atan al paciente por las espaldas i a los otros dos por los piés, las manos se las ligan atras; i en esta postura le hacen fuego entre los muslos i que los quema, el vientre, pecho i rostro, i luego comienzan las preguntas para que confiese el delito i declare sus cómplices" (1).

Para atormentar mas a la víctima, solian aplicarle en la piel desnuda del cuerpo una untura de sebo.

No era raro que acabaran con ella a cuchillo, i que igual suerte corriera alguno de sus deudos presentes.

Si tenía parientes, sobrevenian las represalias i choques armados.

Si al sindicado de autor de la muerte de un enfermo no lo podían hallar en el primer momento, lo buscaban afanosamente hasta dar con él i lo asesinaban.

Pero la personalidad mas respetada, numerosa i popular entre los araucanos era sin duda el *machi*, médico, vidente i sacerdote al propio tiempo.

De la persuasión de que las enfermedades se debian a maleficios de brujos o de enemigos, provino desde época inmemorial la curacion de los que desempeñaban tal oficio por medio de exorcismos i manipulaciones, destinados a hacer arrojar al paciente algun cuerpo extraño.

Denominaban *machitun* al acto de curar de esta manera.

Durante las enfermedades era menester implorar a los dioses protectores para combatir la influencia de los jénios maléficos que las producian: de ahí la costumbre de los naturales de revestir este acto con el carácter de ceremonia relijiosa.

Practicaban antiguamente el arte de curar tanto los hombres como las mujeres, pero en especial los primeros.

Gran número de estos *machis* ejercian con entera libertad la pederastía; llamábanlos *hueye*. El cronista Núñez de Pineda i Bascuñan da de ellos estos breves datos: "el que usa el oficio de varon no es baldonado por él, como el que se sujeta al de la mujer, i a éstos los llaman *hueies*, que en nuestro vulgar len-

(1) OLIVARES, *Historia militar, civil i sagrada*, pàj. 46.

guaje quiere decir nefando. I estos tales no traen calzones, sino es una mantichuela por delante que llaman *punusu* (1).

Usaban el cabello largo i se adornaban con alhajas femeniles, i hombres i mujeres les guardaban respetuosa consideracion por su doble i repugnante actividad jenésica, comun por otra parte en pueblos en estado de barbarie, por el desarrollo deficiente del sentido moral.

El procedimiento de los *machis* ha ido variando con el tiempo en los detalles. En los siglos pasados se hacia el *machitun* al caer la noche. En un rincon de la ruca estaba el enfermo, *cutran*; en el medio habia algunas luces i cerca del enfermo, canelos plantados i un cordero atado de las cuatro patas. Algunas indias cantaban al son de sus tambores. El concurso de parientes i espectadores permanecia sentado en el suelo. El *machi* arrojaba el humo de su *quitra*, pipa de fumar, al carnero i al enfermo; hacia descubrir la parte dolorida i le echaba humo tambien. En seguida le sacaba el corazon al cordero, lo clavaba en un palo i chupaba la sangre. Hacia ademan de abrir una herida al enfermo i de estraerle por ahí la sangre o la causa de la dolencia, algun veneno o animal. Despues de algunas vueltas con un tambor, producía una humareda i caía desvanecido al suelo i en esa actitud indicaba al envenenador (2).

Llevaban ocultamente lombrices, gusanos o colas de lagartijas para mostrarlas a los concurrentes como estraídas del cuerpo del enfermo.

Si éste moría, los *machis* se escusaban con que de nuevo habia sido envenenado (3).

La persona señalada como causante del maleficio, sufría la pena de muerte por el fuego.

Para ejercer el oficio, se practicaba cierto aprendizaje de que hablan los cronistas.

"I para esto tienen sus maestros i su modo de colejos, donde los hechiceros los tienen recojidos i sin ver el sol en sus cuevas i lugares ocultos, donde hablan con el diablo i les enseñan a

(1) *Cautiverio feliz*, pájs. 107 i 159.

(2) NUÑEZ DE PINEDA I BASCUÑAN, *Cautiverio feliz*, pág. 164.

(3) ROSALES, tomo I, pág. 168.

hacer cosas aparentes que admiren a los que las ven. El hechicero que los enseña los gradúa a lo último, i en público les da a beber sus brebajes con que entra el demonio en ellos. I luego les da sus propios ojos i su lengua, sacándose aparentemente los ojos i cortándose la lengua i sacándoles a ellos los ojos i cortándoles las lenguas. Hace que todos juzguen que ha trocado con ellos ojos i lengua para que con sus ojos vean al demonio i con su lengua le hablen, i metiéndoles una estaca aguda en el vientre se la sacan por el espinazo. I así con estas i otras apariencias quedan graduados de hechiceros i ordenados de sacerdotes del demonio» (1).

Recompensábanse los servicios del *machi* con amplia liberalidad.

Completaba este personal de adivinos i exorcistas el *cúpove*, individuo encargado de practicar la autopsia del cadáver, para conocer el veneno que había sido causa de la muerte i denunciar a la persona que lo introdujo en el cuerpo del estinto.

El gramático Febrés dice: «*Cúpon*, abrir los cuerpos muertos para ver el veneno que les han dado o el daño que les han hecho i achacarlo a otro: *cúpove*, el que tiene este oficio» (2).

Todas estas prácticas i creencias arcáicas, aunque modificadas en los detalles, han traspasado los tiempos para llegar hasta hoy en forma de supervivencia de costumbres.

En efecto, aun dan crédito los araucanos a las reuniones clandestinas de los brujos.

Segun ellos, la tierra está poblada de brujos, *calcu*, a quienes nadie conoce. Celebran sus reuniones en cuevas ocultas de algunos cerros, llamadas *renú*, cuyas puertas se hallan vijiladas por un culebron i un cabro encantados. Allí se entregan a las fiestas ordinarias del *mapuche*: borracheras, juegos de chueca i carreras de caballos, i acuerdan las personas que deben morir, siendo preferentemente los caciques el blanco de sus malas artes.

Hasta hace poco, descubierto un brujo i probado su oficio de tal, el cacique de la reduccion lo condenaba a muerte, peligro

(1) ROSALES, tomo I, páj. 168.

(2) *Calepino chileno-hispano*, letra C.

que los obligaba a mantener reservas tan estremas, que se convertían en misterio impenetrable (1).

Todavía se halla jeneralizada entre ellos la convicción de que todo hecho casual desgraciado es efecto de la intervencion de los brujos.

Entre una infinidad de incidentes que lo comprueban, elejimos el que sigue:

En 1856 los indios pasaban al norte del Biobio a robar animales i atacar a los viajeros i moradores pacíficos. Un día regresaba una partida, todos ébrios, con sus mujeres a la grupa. Al pasar el rio Mulchen, una se cayó al agua i se ahogó. Atribuyéndolo a un daño, volvieron a casa de un chileno donde habian estado i lo lancearon a él i a toda su familia (2).

Pero la ocupacion primordial de los brujos es propinar directamente los venenos de que disponen, *vuñapue*, o proporcionárselos a las personas que los solicitan. Esta creencia tan antigua en este pueblo, hoy se va modificando en el sentido de que los brujos han difundido entre la jente el conocimiento i aplicacion a la vez de los venenos.

Los adivinos continúan aun ejerciendo su oficio a espensas de la credulidad del indio, sobre todo en las tribus del sur.

Dedícanse ahora tambien a él las mujeres.

Jenéricamente se les designa, cualquiera que sea su sexo, con el nombre de *inaimahue*.

El procedimiento no difiere mucho del antiguo. Tratándose de enfermedad, se lleva a la adivina en un poco de lana la punta de las uñas, algunos cabellos o esputos i el humor saburroso de la lengua, que se raspa con un cuchillo.

Ella pone esos despojos dentro de un cantarito.

La ceremonia se verifica en la noche.

La adivina ha colocado el cantarito, *pichi metakue*, en un rincón de la *ruca*.

Entra en seguida al interior de ésta, que se halla completamente a oscuras, acompañada de los interesados i de algunos espectadores atraídos por la novedad.

(1) Datos de los indios.

(2) Archivo del antiguo territorio de Angol.

Dirige la palabra hácia el rincón donde está la misteriosa vasija, saludando con las frases usuales de los indios. Contesta de igual modo una voz que parece salir del fondo de ese vaso encantado.

Sigue el diálogo de estilo para cuando los araucanos se encuentran o se visitan.

La adivina le pregunta después a la voz por su nombre, i a continuación por el motivo de su venida. Prorrumpe entonces la última en aflijido llanto, que solo cesa por las palabras de consuelo que le prodiga su interlocutora.

Al imponerse por fin la adivina de lo sucedido, le pregunta por el autor del delito.

Niega tres veces consecutivas i designa a otras tantas personas inocentes. A la cuarta, denuncia por último al verdadero culpable.

Los deudos del enfermo se han impuesto de esta manera de lo que ellos consideran la verdad de las cosas. Desde ese momento la venganza es la única pasión que los domina.

Para arreglar su respuesta, la adivina ha tenido por cierto el cuidado de conversar previamente con los mismos consultores acerca de las incidencias del hecho que desean saber.

Los cronistas españoles creían que era el diablo el que hablaba, i escritores contemporáneos insinúan la opinión de que se trata de casos de ventriloquía.

Bien averiguado, todo no pasa de ser sino un simple artificio producido por diversas modulaciones de la voz.

Esta ficción la acepta fácilmente la credulidad ilimitada del indio, tanto más cuanto cree que la adivina se comunica con el espíritu, *pilli*, del enfermo por medio de la mínima porción de su cuerpo que se ha hecho traer. La misma nigromántica quizás esté convencida de ello; pues todos están persuadidos de que la posesión de una parte de un ser vivo le comunica al que la tiene cierto poder sobre él.

Idea concordante con la enunciada es el temor de retratarse que tenían los *mapuches* hasta hace poco i que aun tienen algunos viejos, por no dejar en manos de otro una imájen que podía dar cierto dominio a su dueño sobre el orijinal (1).

(1) Datos recojidos entre los indios.

El gremio mas crecido de estos individuos con propiedades relijiosas i de hechiceros es el de las *machis* o curanderas.

Hasta hace pocos años subsistió la costumbre de que hombres i mujeres se dedicaran indistintamente a la curacion de enfermos. En la actualidad es ocupacion esclusiva de las últimas.

La familia o el marido de una mujer la pone a practicar, mediante una paga, al lado de una *machi*. Este aprendizaje concluye con el *ngeicurehuen*, gran fiesta para los indios.

La *machi* goza entre ellos de señaladas consideraciones; porque, sobre necesitársela tan a menudo, se la teme i se la considera como un sér privilegiado, medio hechicero i de vastos conocimientos acerca de las virtudes medicinales de las plantas.

Al frente de su vivienda suele tener una rama de canelo plantada i colgando de ella el tambor, los palillos i un pedazo de cuero.

La *machi* tiene algunos instrumentos de que se vale en el desempeño de sus funciones. El principal es el *ralicultrun*, tambor de plato, dentro del cual van algunas piedras pequeñas de color blanco llamadas *lican*.

Atribúyenles propiedades virtuosas, i con su nombre forman sus apellidos, muchos del gremio de los curanderos, como *Mai-lican*, rico i renombrado *hueye* de Ilicura que vivió hasta hace pocos años (1).

El *troquitue* es otra piedra que suelen emplear en sus curaciones, para simular que atraviesan con ella el cuerpo del enfermo (2).

Hai que contar todavía la *quitra* o *citra*, pipa de fumar, el *ihue* o platillo para la espectoracion de la *machi*, i el *tronco* o fuente con el remedio *voiguelakuen* o lechuguillas.

En calidad de ayudantes asisten al lado de la *machi* dos jóvenes que se conocen con la denominacion de *llancañ*, cuyo papel principal es tocar la *pívilca* o pito, i el *ngechalmachive*, animador de la *machi*.

A un *machitun* concurren todos los parientes i amigos del dueño de casa, *ngenruca* en *mapuche*.

(1) FEBRÉS da un breve detalle al respecto. *Calepino*, letra L.

(2) Capitulo III de este libro.

El acto dura dos o mas dias, segun la categoria del que lo manda ejecutar.

Los pormenores de la ceremonia cambian con frecuencia, como debe suponerse si se atiende a las variadas disposiciones de estas médicas i a los precios de la ejecucion; pero los rasgos de fondo, los que constituyen las creencias a este respecto, son iguales por lo jeneral.

La descripción de una dará a conocer el carácter de todas.

Asistimos a un *machitun* que tuvo lugar en 1898 en la subdelegacion de Huequen, del departamento de Angol.

Algun regalo a la *machi* i nuestra amistad con los caciques asistentes, vencieron la terquedad de los indios, que observan una desconfianza i un mutismo obstinados en todo lo que se refiere a supersticiones i prácticas de índole relijiosa.

Un crecido grupo de indios se habia situado afuera de la casa i al frente de la puerta.

Como para guardar la entrada de la choza, veíanse dos lanzas plantadas en el suelo.

En el interior, medio a medio de la habitacion, se hallaba la enferma, *cutran*, tendida de espaldas sobre unas pieles de oveja, cubierta con algunos tejidos indíjenas i con la cabeza hácia la puerta que da al oriente.

A los piés i a la cabecera habia un canelo plantado, el árbol consagrado de todas las fiestas araucanas.

La rodeaba una fila de *mapuches*, quince o veinte, sentados en el suelo o sobre cueros i mantas, todos cruzados de piernas, silenciosos, indiferentes, sin revelar en sus fisonomías la menor señal de dolor.

Unos tenian en las manos ramas de canelo i otros sus chuecas.

Unicamente un muchacho de la casa daba muestras de pesar: empinándose por detras de los hombres, miraba lloroso a su madre, impresionado por el aparato del espectáculo.

Alrededor del fuego, que despide abundante luz i humo, forman en un lado otro grupo las mujeres, tambien indiferentes.

La *machi* anda dirijiendo los preparativos de la solemne funcion. Viste el traje mas elegante de su raza i lleva sobre la cabeza un penacho de plumas coloradas i en la muñeca de las manos, sonoros cascabeles.

Ha cubierto la cama de la enferma con ramas de canelo empapadas en el agua que hai en una fuente con varias yerbas, en especial de la llamada *voiguelahuen*, vulgarmente lechuguilla.

Coloca el tambor sobre los verdes vástagos del árbol benéfico en el vientre de la paciente.

El sol comenzaba a ocultarse tras las montañas del occidente. La curacion iba a principiarse, porque es la aterradora oscuridad de la noche lo que la fantasía araucana necesita para sus evocaciones.

La curandera, sentada a la derecha de la enferma, a la altura de la cabeza, tomó el tambor i comenzó a preludivar un canto en tono bajo i monótono, acompañado de las *púvilcas* de los *llancañ*, jóvenes ayudantes que estaban cerca de ella.

Un indio viejo, pariente cercano de la *machi*, se puso en pié adelante de la fila de los concurrentes: era el director de la ceremonia o el animador de aquélla.

Un momento despues, la sacerdotisa, dando frente a la enferma, se arrodilló, sentada sobre los talones, i continuó su canto, algo mas animado i siempre al pausado compas del tambor.

Sus términos, en ninguna localidad varian esencialmente de los que siguen: «Vivirá con un buen remedio. Si soi buena *machi*, sanará. Buscaré en el cerro el remedio *mellico*; solo *paupauhuen* buscaré, mucho remedio *llanca*, mui fuerte remedio. Venceré, dice el gobernador de los hombres. Con este tambor, tambor, levantaré a mi enfermo» (1).

Poco a poco fué levantando la voz i alijerando los golpes del tambor, al cual le dió por encima de la enferma un rápido movimiento de impulsión i atracción.

Los indios armados de chuecas se levantan, las chocan i las cruzan formando un pabellon sobre la mujer objeto de tan bárbara práctica. Los que permanecen cruzados de piernas en el suelo, llevan el compas de la estridente i desahacible música con las ramas de canelo que bajan i levantan sucesivamente.

El viejo director da voces de mando i todos gritan ya! ya a al! Sobreviene un pequeño intervalo en que la *machi* descansa,

(1) En el capitulo que sigue se da la música de este canto. *Paupauhuen*, *llanca* i *mellico* son yerbas medicinales de los indios.

los hombres beben licor de manzana i una jóven *mapuche* seca al fuego el parche del tambor. Es la primera parte de las cuatro en que parece dividirse la ceremonia.

En seguida continuó la médica su canto.

Momentos despues se trajo un cordero hasta el canelo de la cabecera, i con la sangre de una incision leve de la garganta, los *llancañ* tiñieron los piés i la frente de la inmóvil mujer.

Estos cubrieron ademas los canelos con trapos colorados i la *machi* roció con una rama del árbol consabido la cama i sus conornos.

Sucedió otro breve entreacto, despues del cual apareció otra vez aquélla con pañuelo rojo que le caía a la espalda, en lugar del penacho de plumas.

Se reanudó la escena. La música se hizo mas rápida i el *avavan*, gritería característica del araucano, mas estrepitoso.

La *machi* baila con sus dos auxiliares, avanzando i retrocediendo alternativamente con un movimiento de pequeños saltos e inclinando la cabeza hácia los lados. Despues toma su posicion al lado de la enferma.

Sigue su canto, en el que intercala algunos quejidos que se parecen a un ¡ai! de dolor.

Se coloca una frazada cerca de ella.

Está hincada. De repente deja el *cultrun* i da de rodillas saltos hasta caer jadeante en el blando tejido que se acaba de tender.

Aquí simula fuertes erupos.

Es el momento en que llega el dios de la moderna teogonía araucana, *Ngünemapun*, que comunica al concurso por intermedio de la exánime sacerdotisa las circunstancias de la enfermedad.

Se para, remece los canelos cantando e intercalando los quejidos i una especie de hipo.

Abandona el tambor i en toda la estension de la cama hace sonar los cascabeles con un movimiento febril.

Arrodíllase de nuevo cerca de la paciente. Va a comenzar aquí la verdadera curacion.

Una india jóven, la misma que le ha ayudado desde el principio, le pasa una fuente con yerbas con algunas de las cuales

frota las manos i el vientre de la mujer confiada a sus encantos.

Esta última, con una resolucion que revela su profunda fé, se incorpora, se saca la camisa i, acostándose nuevamente, presenta el desnudo seno a la curandera, que le echa ahí el humo de su *quitra* o cachimba.

Entre tanto, un cacique toma el tambor i seguido de todos los asistentes, describe círculos alrededor del cuadro del centro.

El estrépito crece: sin duda que se trata de ahuyentar al espíritu malo.

Al fin, se detienen i toman su primera colocacion.

La *machi* en este instante aplica la boca a la rejion dolorida, el vientre, i aparenta estraer algun cuerpo estraño por absorcion. Esputa en el plato de madera, finje vómitos, se lleva la mano a la boca i señala a la atenta concurrencia una limaza o babosa, como las llaman en Chile.

Repite esta operacion varias veces i durante un largo rato.

El *avavan* no ha cesado.

TOMÁS GUEVARA

(Continuará)

